



Luz y sombra en La Chanca.
(Foto: Pérez Siquier)

La Chanca de Pérez Siquier

RAMÓN DE TORRES LÓPEZ
ARQUITECTO. CRÍTICO DE ARTE

El barrio de La Chanca nos remite al origen y evolución de la ciudad de Almería. Génesis producida por el desarrollo y transformación del puerto de la ciudad de Pechina –Bayyana–, del barrio mariner y de la atalaya defensiva que los protegía. En el reconocimiento de los valores económicos y estratégicos de este primitivo asentamiento, coincidente con el arrabal de La Chanca, se origina la fundación de la ciudad, cuando a mediados del siglo X Abderramán III efectúa una doble intervención. Por un lado, dota al arrabal de una estructura militar construyendo una fortaleza –la Alcazaba– en el lugar que ocupaba la atalaya de vigilancia, amurallando parte del espacio urbano existente y ubicando en el puerto la flota del califato cordobés. Por otro, interviene desde el punto de vista social y religioso al edificar la Mezquita Mayor. Con estas intervenciones el arrabal se constituye en Medina o ciudad.

En este periodo histórico La Chanca se consolidó como barrio extramuros del primer recinto amurallado correspondiente a Abderramán III. Posteriormente y en época de Jayrán y Zuhayr (1.014-1.038) se procede a la defensa del arrabal mediante murallas, definiéndose así el barrio llamado "Al Hawd" o del Aljibe. Los restos históricos actualmente existentes en La Chanca corresponden a esta etapa.

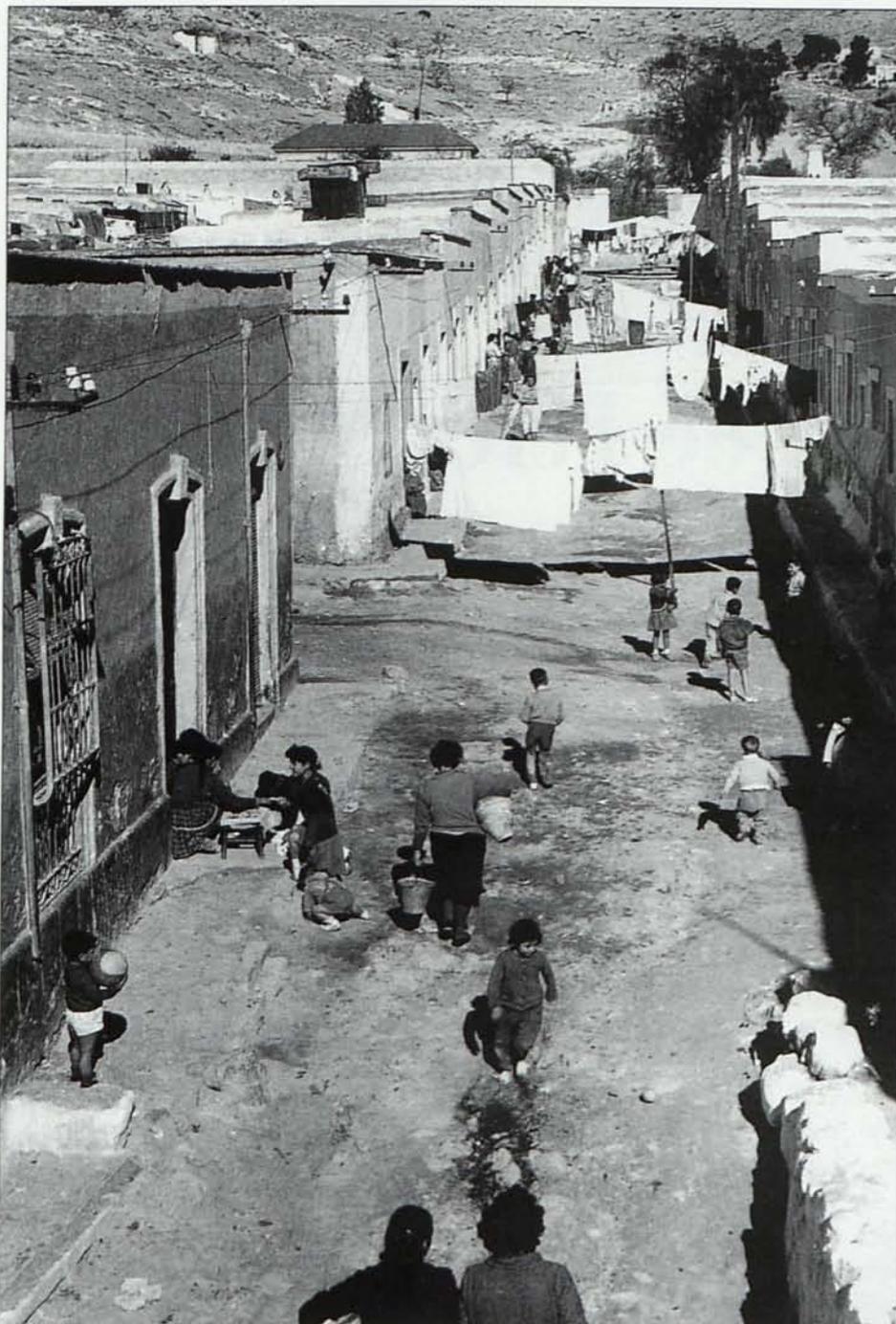
Con el paso del tiempo Almería y sus arrabales adquieren un gran desarrollo, convirtiéndose en capital de uno de los reinos

de Taifas de mayor actividad económica, social, religiosa y cultural, y siendo en el siglo XI el centro principal del sufismo esotérico de Alandalus. Este esplendor de la ciudad quedó reflejado en la Alcazaba con la construcción del palacio de Almotacín en el segundo recinto.

A partir del siglo XII Almería y sus barrios experimentan una progresiva decadencia. Por este motivo se fueron despoblando los arrabales, incluido el de La Chanca, que desde esta época hasta el siglo XIX se configura como un área sin uso para la ciudad. A pesar de este abandono, La Chanca conservó un mínimo asentamiento habitado por pescadores, marineros y mercaderes.

Su actual estructura urbana, fruto de la expansión de la ciudad producida a mediados del siglo XIX, señalada por el derribo de las murallas de origen medieval y por el auge económico que supusieron las obras de ampliación del puerto y la construcción del ferrocarril, constituye el ejemplo de barrio obrero más representativo de los ensanches de Almería.

Su urbanismo representa tanto al crecimiento planificado como al espontáneo y de carácter individual, localizado en los bordes del barrio, donde la cueva constituyó el hábitat utilizado por los jornaleros del Valle del Andarax que buscaban su alternativa laboral con el auge económico de la ciudad. El censo de comienzos de siglo reflejó la



Calle de La Chanca, años atrás.
(Foto: Pérez Siquier)

rectangular, con uno de sus lados menores a la calle y los otros tres compartidos con las viviendas vecinas. La profundidad de la parcela y la reducida anchura de la fachada permiten ubicar gran cantidad de viviendas en un tramo de la vía pública.

En las zonas de borde se sitúan las cuevas y las casacuevas, expresión de la arquitectura subterránea que tiene su origen en la búsqueda de un tipo de hábitat adaptado al medio, en unas condiciones de economía deficitaria, aprovechando la acción que las fuerzas naturales —como la erosión— producen en el medio físico y la propia actividad de excavación humana, que se ha ido ejerciendo sobre las laderas, cerros, taludes y montículos.

Estrechos caminos serpenteantes organizan uno tras otro los accesos a las diferentes cuevas. La placeta, el patio o el porche son los elementos que asumen la relación entre las cuevas, los agregados edificados y el entorno inmediato. Dichos elementos incorporan los valores urbanos a la propia arquitectura y definen lugares abiertos que articulan lo “fuera” y lo “dentro”, exten-

existencia de más de ochocientas cuevas y graves carencias en viviendas e infraestructuras.

Desde finales del s. XIX el barrio quedó sumido en el abandono y el olvido.

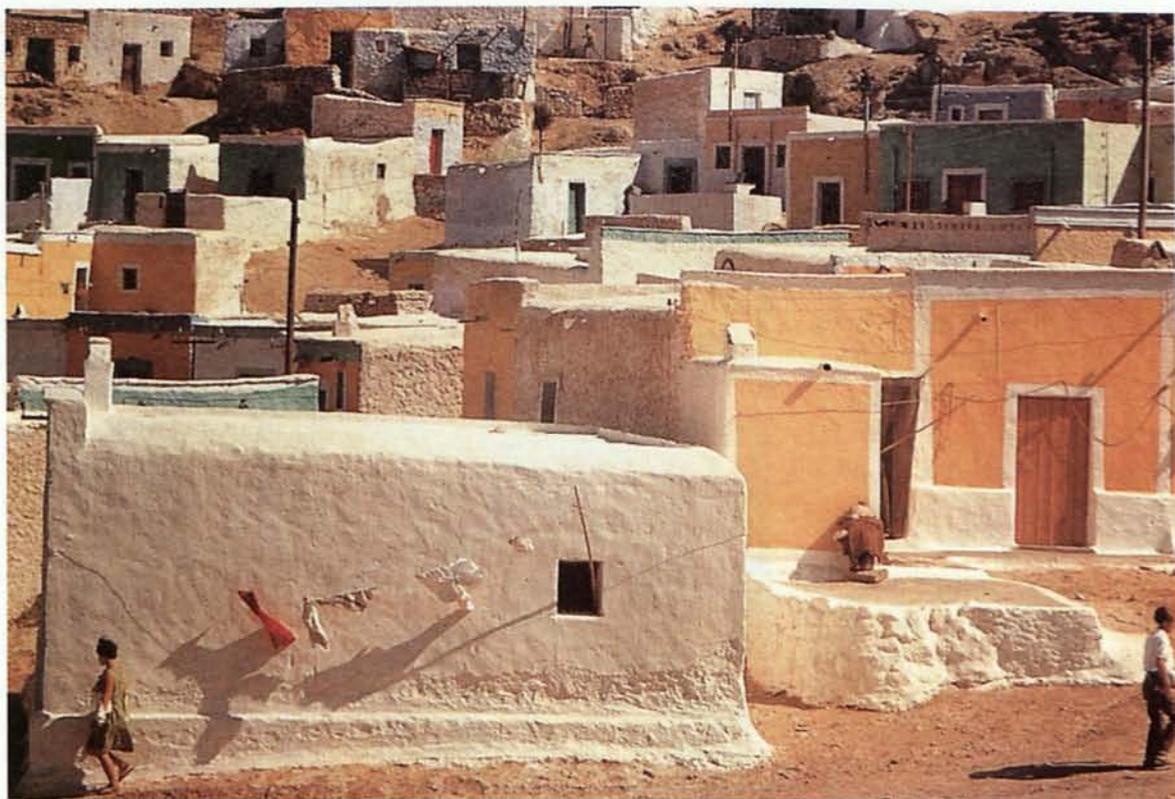
Desde el punto de vista arquitectónico, La Chanca conserva buena parte del tipo de vivienda obrera que se desarrolló en Almería desde mediados del siglo XIX. El máximo aprovechamiento del suelo y la sencillez de su construcción, con vistas a reducir los costes de la edificación, son sus dos condiciones básicas. Su planta es normalmente

diendo el hábitat al espacio urbano colectivo.

Las características fundamentales del paisaje urbano son la sencillez extrema, el empleo de volúmenes puros, el escalonamiento de los mismos para adaptarse a los desniveles del terreno y la sobriedad en el uso de elementos ornamentales.

Todas estas particularidades provocan, especialmente en las partes altas, una estructura fragmentada. Las formas urbanas buscan los quiebros, la variedad de las perspectivas, las fugas visuales sobre el mar y la Alcazaba, definiendo históricamente un componente primordial de La Chanca. Estos espacios esenciales constituyen lugares intermedios en el límite entre el sol y la sombra, lo público y lo privado, el lleno y el vacío.

El color en las fachadas, característica propia de este barrio.
(Foto: Pérez Siquier)



Símbolo tradicional de la arquitectura ha sido el empleo del color en las fachadas, quizás como expresión de su vinculación con el mundo marineru. Este sentido cromático se convirtió, probablemente desde el origen del barrio, en otra de sus características propias.

Desde finales del siglo XIX el barrio quedó sumido en el abandono y el olvido, manteniendo una situación de miseria insostenible que fue denunciada por Juan Goytisolo a comienzos de los años sesenta en su libro "La Chanca", forzosamente difundido de modo clandestino e incompleto y publicado en España casi veinte años después. En su testimonio valiente, comprometido y crítico, expresaba que "en el mismo suelo que, hace siglos, fue testigo de una civilización floreciente; que no hace ochenta años aún, poseía fábricas, fundiciones y minas, la miseria es reina y señora, y el almeriense vive la existencia esclavizada del hombre sometido a una bárbara explotación colonial". En la publicación de "La Chanca" colaboró Carlos Pérez Siquier, que en 1956 había iniciado su experiencia fotográfica en el barrio.

En este contexto urbano y social Pérez Siquier se introdujo para desarrollar su trabajo que trataba —a su manera— de construir el espacio de la mirada como casa del hombre.

Durante dos décadas La Chanca le acogió y —como José Angel Valente dijo entre nosotros— "le invitó a la quietud del ánimo, a la contemplación o al espacioso movimiento sumergido en el que toda creación tiene su origen".

La experimentación que Pérez Siquier hizo de los lugares de La Chanca y de sus vecinos caminando por el Cerrillo del Hambre, las Cuevas de Las Palomas, el Rincón Cañadas, La Rambla de La Chanca, el Patio Cañadas y Chamberí, se produjo por aproximaciones sucesivas. Los niños son el primer contacto que se tiene cuando alguien pasea por el barrio, sobre todo si se lleva una cámara fotográfica. El contacto con ellos, deseosos de ser fotografiados, da la confianza y el impulso necesarios para dialogar con el resto de las personas,

Desconchados en las paredes. (Foto: P. Siquier)



convertirse en un amigo, y al final disolverse en su mundo hasta habitarlo de manera invisible.

Así, secuencial y cotidianamente durante años, fue transformando los lugares que pisaba en espacios. Desplegó su actividad con tal intensidad que nos ha dejado todo un ciclo vital que va desde el nacimiento a la muerte: la morada, el quehacer cotidiano, el trabajo, el juego, el cante y el baile, el ceremonial, la fiesta, la boda y el entierro.

mamando, jugando y mirando. Mujeres barriendo la puerta, tendiendo la ropa, peinando a sus hijos, preparando el brasero, haciendo la compra o trayendo el agua en cántaros desde la fuente. Pescadores, canasteros, cesteros, silleros, afiladores, hojalateros y titiriteros. Animales, gente cantando y bailando, las mayas, los novios y los muertos.

Mestizaje humano, social y cultural, que Pérez Siquier captó de forma elegante, directa, natural, con alegría y dignidad. Aceptación y complicidad para expresar y compartir las emociones a través de su mirada.

Los niños son el primer contacto que se tiene cuando alguien pasea por el barrio.

En tal perspectiva, su trayectoria en La Chanca describe un círculo que se traza desde el blanco y negro hasta el color, desde la figuración a la abstracción. En efecto, desde las imágenes que recogen grupos de personas en las calles o en las placetas con el paisaje urbano como fondo, su punto de vista transita por los retratos de primer plano, hasta la desaparición total del hombre para detenerse en las cosas, en la violencia geológica del paisaje natural, en el detalle arquitectónico, en la materia misma de las cuevas. Este tránsito entre la figuración y la abstracción se produce de forma paralela desde el blanco y negro al color, que adquiere una función decisiva en su obra y se produce en contrastes intensos en una estructura general que tiende a la abstracción.

Del mismo modo que las casas ascienden lentamente las laderas del barrio, lentamente desciende hacia la interioridad la búsqueda fotográfica de Pérez Siquier. Inicialmente centra su interés en reflejar el movimiento de la gente en el espacio urbano. Después persigue la intimidad, la sonrisa, los ojos, el gesto. Posteriormente se introduce en la materia del universo donde está inmerso, sin manipularla, dejando que ella misma se manifieste en un acto de contemplación. Sus imágenes, más que describir, nos hacen sentir una vivencia y parece que nos devuelven como un eco los sonidos, los olores, el silencio.



Los niños se prestan a la cámara. (Foto: Pérez Siquier)

Como recursos estéticos y compositivos, amparados en su intuición, crea ritmos mediante el contraste o la repetición de las manchas grises o los colores. Sus encuadres se apoyan con sobriedad y nitidez en la geometría, resal-

tando los ángulos, las diagonales, las formas triangulares, verticales y horizontales.

Acaso las imágenes de La Chanca cabría entenderlas desde la poética de lo fragmentario, en el sentido de que las fotografías se van extendiendo unas en otras. Cada fragmento de esta experiencia fotográfica remite a la totalidad, al universo que nos quiere mostrar, y precisamente esa alusión permite existir a aquélla y cobrar sentido pleno.

El conjunto de este ciclo de La Chanca, como material de la memoria, tiene el valor de documento. La historia se hace —como Jacques Le Goff ha señalado— “con todo eso que, perteneciendo al hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, demuestra la presencia, actividad, los gustos y los modos de ser del hombre [...] lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada por aquellos que se han ocupado del estudio.”

Las imágenes de La Chanca son también un espejo del tiempo detenido que trasciende al universo representado y nos trasladan al espacio creativo de la ficción. Pero, ante todo, lo que expresa Carlos Pérez Siquier es un apasionado amor a La Chanca. ■